

Nombre prestigioso de los anales de nuestra oratoria, no somos nosotros, obreros de los más jóvenes panales, quienes tenemos derecho de presentarlo a los lectores, antes él, con una muestra de cordialidad que mucho estimamos, nos honra otorgándonos su compañía, y permitiéndonos incluirlo en esta colección, que de fijo quedaba incompleta sin la figura de nuestro orador representativo.

LA DIRECCION.

(Nota de la edición anterior.)

URUETA

ESTE hombre que llega sin blanca a la taquilla de la Muerte, es uno de los más persuasivos ejemplos de generosidad en que pueden inspirarse las sociedades de América.

Superior a su medio, ha padecido todas las censuras, hasta la política, y la frivolidad lo juzgó frívolo. Pocos, empero, habrán hecho al país, y por tan corto precio, el bien que Urueta.

Literato, orador, propagandista una vez y otra vez, ha sido un verdadero educador.

En todas las actividades de su palabra, le ha caracterizado, como primera y última virtud, su sensibilidad, una sensibilidad justa y metódica que lo vuelve, sin alegoría, el tic nervioso de nuestra literatura.

El gran Barbey decía que la imaginación es la más poderosa de las realidades humanas. En los manteles de Urueta, la imaginación es la dama de carne y hueso que junta las manos a la altura de la boca y configura con los bra-

zos desnudos la Sublime Puerta de vocablos, emociones e ideas.

Adaptando lo universal a lo concreto, merecen las letras considerarse como una filosofía en acción. Cada autor tiene la suya. El elemento universal con que filosofa el tribuno chihuahuense destácase en la voluntad, en el furor de vivir. Gozador de la vida, se aferra a ella. Sin una gota de sangre, lleva ya dos años de defenderla por tierra y mar. Una noche nos decía, íntimamente, esquivando las praderas de asfodelos, que su brazo todavía era capaz de disparar el arco de Odiseo contra los pretendientes.

Definidas e integradas así su tesis y sus modalidades comunicativas, resulta una espiral que se desplaza por derrotero patético, algo como el sobresalto de los tendones de la rodilla de una bailarina.

Erraría quién lo diputara, en conclusión, teatral. Ciertamente que los ojos, entre orgiásticos y curiales, abarcan la escena; que la voz remeda esquilas y campanas mayores; que en la mano, cirujana del aire, se jacta una simpatía huesosa; y que en los párrafos abundanciales tiembla una túnica o se arruga una bahía. Pero el personaje está dentro. Nuevo Arnaldo de Brescia, no se alimenta sino de la sangre de las almas.

*

Cualesquiera que hayan podido ser las aliteraciones de su energía, Méjico no olvidará que ha tenido en él una individualidad: un ora-

dor único, en el sentido de soltar de arriba las cláusulas, y un prosista con efectos de fogonazo sobre la pazguata planilla bachillera.

En 1910, la capital potosina oyó sus conferencias estéticas, entre ellas la dedicada a Othón. Conocí entonces al amigo ulterior. Por aquellas fechas ni siquiera olfateaba yo la preciosa dádiva de su trato. La rectitud ajedrecista de las bellas calles turbábase con el tumulto estudiantil, y el tribuno, fortificado en el hotel, se defendía con laconismo: "No sé hablar desde los balcones; de suerte, señores, que muy buenas noches y a dormir." Nos dispersábamos pensando en el respingo peculiar de su hombro, aquel respingo, acento circunflejo de las oraciones líricas y de los combates de la Cámara.

Simbólicamente es lícito afirmar que el maestro que nos recomendaba dormir era nada menos que el centinela alerta del pensamiento y de la acción.

En el haber de su moral hay que abonarle la actividad central de la conciencia, revelada dentro de los despotismos policíacos en vigor. Yo quiero guardármelo, en el archivo de las imágenes instructivas, en el giro de un bailarín que escuda con las manos el reverso de su pareja y que, describiendo circunferencias manguantes, se inmoviliza, como un santón, en el centro matemático de la bacanal.

Aleccionadora, también, su aspiración briosa, decidida, a la felicidad. Aspiración infalible, iba a escribir, olvidándome de que estudio a un terrestre... Urueta ve el rostro de la

felicidad idéntico al de algunas mujeres en quienes está de tal modo organizado, en palancas y superficies, que es, más que el espejo, el medio instrumental del amor.

Por eso los itinerarios de Urueta se practican en vehículo mecánico, así se vaya hacia la ciudad divina. Su entendimiento es el *entendimiento agente* de los escolásticos. Al incorpóreo silogismo óyelo silbar cual honda de plomo.

Ocupará siempre lugar de honor en la galería nacional de espíritus plásticos.

Pertenece al número de los que creen que la forma es tan importante al cuerpo como su sustancia, si no más. Dato explicativo de su optimismo, pues le basta la embriaguez de las líneas para vibrar, fenómeno singular en un malicioso de su talla, ducho en el dolor y veterano de las expediciones contra lo ruin.

La línea, física o psicológica, parece constituir, para espíritus como el de Urueta, una ley de embeleso, de hondura y de altitud, en la que caben hasta los dones del árbol del Apocalipsis. Las tres dimensiones prometen el bien que buscamos; pero el alma frenética se satisface con la dimensión del contorno.

Cesando la voluntad, para nadie habrá infierno, según la sentencia de San Bernardo. En el punto simétrico de esta doctrina agítase el favorito de la elocuencia, con pasiones longitudinales o curvilíneas, pero siempre en marcha por los dos planisferios.

Imposible dejar de considerar su aspecto de actor. No un actor como aquel que pasó la exis-

tencia pidiendo espectros, sin sospechar que él mismo era uno. Actor, al contrario, de personalidad entrañable y aventurera, arrebatado por los cabellos en la sucesión de profetas que secuestraban los ángeles.

Su prestancia y su mímica se prolongan a la tertulia y al refectorio privado en olas de zumbona sentimentalidad, evidenciando su ser en una esfera lumínica jaspeada de sarcasmo.

*

No he trazado uno solo de estos renglones sin compartir la fatiga del maestro enfático que lucha con la guadaña. Mi cordialidad, compañera suya en el cuarto de banderas del sol y detrás de los telones del alba, escápase en pos de la mirada marítima ensombrecida por el mal. Recordándolo en las puntas de los pies, en la actitud violinística con que alcanza las caudas de sus párrafos, me consterna ver transformarse aquel anhelo de su cuerpo en un mero signo de admiración ante la esquiva salud.

RAMON LOPEZ VELARDE.

6 de diciembre de 1920.